

el 22/23
Nov
1953

EL CINCUENTENARIO DE
LA MUERTE DE SABINO DE ARANA Y GOIRI

Por el Doctor Juan de ARANDI

Esta semana, el día 25, ocurre el cincuentenario de la muerte de Sabino. Su figura se agiganta según pasa el tiempo. En la Historia vasca, su época se titulará la época de Arana y Goiri. Gracias a la magnitud de su esfuerzo, nuestro pueblo entró en otra era, cobrando más viva conciencia de sus problemas propios y dándoles la solución que piden ellos, no la que cuadra a intereses ajenos.

Tenía Sabino el temple de alma de los antiguos fundadores de órdenes religiosas que transformaron a su siglo; más en concreto, el temple de alma de Ignacio de Loyola. El paralelismo entre estos dos vascos insignes, es sorprendente. San Ignacio de Loyola recibió una iluminación mental prodigiosa, primero en su casa de Loyola y después, con mayor intensidad aún, en la cueva de Manresa. Sabino la recibió, también, en su casa de Albia, en Abando, con la cooperación de su hermano Luis, y, después, las etapas principales de su vida se distinguen por un fulgor más intenso y mejor adaptado de esa iluminación primera. "Bendito día aquel -escribía más tarde-, en que conocí a mi patria y eterna gratitud a quien me sacó de las tinieblas".

Ignacio de Loyola condensó la luz recibida en un lema, verdaderamente característico en su vida: "Ad majorem Dei gloriam" (todo por la mayor gloria de Dios). Sabino sintetizó las luces de su vida también en un lema: "Jaungoikua eta Lagi Zaña" (Dios y Ley antigua). "El lema Jaun-Goikua eta Lagi Zaña -dice él mismo-, iluminó mi mente y absorbió toda mi atención, y Jaun-Goikua eta Lagi-Zaña se grabó en mi corazón para nunca más borrarse".

Ignacio consagró la vida entera a la realización del lema que condensaba las luces recibidas de Dios. Sabino se dió, también,

por entero, a la realización de su lema. Dice él mismo: "Levantando el corazón a Dios, de Bizcaya eterno Señor, ofrecí todo cuanto soy y tengo en apoyo de la restauración patria, y juré (y hoy ratifico mi juramento), trabajar en tal sentido con todas mis débiles fuerzas, arrojando cuantos obstáculos se me pusieran de frente y disponiéndome, en caso necesario, al sacrificio de todos mis efectos, desde el de familia y de amistad hasta las conveniencias sociales, la hacienda y la misma vida".

Ni termina aquí el paralelismo. Sabino conocía a San Ignacio y es posible que sufriera su influjo, sin que esto quite un átomo a la grandeza de su obra. De todos modos, el paralelismo va aún más lejos. San Ignacio concibió su propósito no como algo nuevo y desusado en la cristiandad, sino como realización de algo corriente. Su lema no tenía nada de original, si no es en la intensidad de la comprensión. La mayor gloria de Dios es fin de siempre en la Iglesia cristiana. Y tampoco lo de "Dios y Ley antigua" tenía nada nuevo en sí mismo entre los vascos, aunque sí en la fuerza con que resplandeció en la mente de Sabino y en la voluntad de llevarlo a la práctica.

Pero de tal modo supo aplicar San Ignacio su lema a lo que los tiempos pedían, que realizó obra verdaderamente original y de tan vastas proporciones que la restauración católica del siglo XVI, frente al protestantismo, no se concibe sin él. Pues de manera parecida el problema religioso y la ley tradicional de los vascos, en lo político y en lo social, Sabino los adaptó y los puso en obra como no lo hizo nadie, marcando a su pueblo nueva órbita.

Ignacio de Loyola caminó a su fin derecho como una flecha, desde que vio claro cuál era. Pero titubeó alguna vez en los medios. Primero pensó establecerse en Palestina y luego se estableció en Roma. La misma idea del instituto que fundó, el de los jesuitas, no maduró de una vez, sino al calor de la experiencia. Lo mismo ocurre en Sabi-

no de Arana y Goiri. Todos sus pasos se encaminaron derechamente al mismo fin, sin que en esto se observe la menor variación. Pero en los medios usados no vió siempre la misma eficacia, ni dejó de padecer algún error como todos los mortales, como cuando se imaginó que el pueblo en masa le seguiría al cabo de poco tiempo. La verdadera grandeza de un hombre no consiste, al cabo, en verlo todo de una vez ni en negarse a las lecciones de la experiencia, sino en tener la su ficiente flexibilidad mental para adaptar los medios a lo que el invariable fin pide en la variedad de las circunstancias. Y en haber visto claro el fin, que no era otro que salvar al pueblo vasco, que estaba en trance de muerte, y sacrificar todo por él, no tuvo Sabino otro igual. De ahí que se nos aparezca con méritos sin par para ser enaltecido.

No es éste el momento apropiado para bosquejar su obra, que se extiende a todos los aspectos de la personalidad vasca. Necesitaría más tiempo. Pero sí quiero insistir en la originalidad de su posición político-religiosa, que ha tenido ya aplicaciones de largo alcance y las tendrá aún mayores según transcurra el tiempo y los vascos cobren conciencia de sí. A muchos de los que le aman, Sabino les da en rostro por un antiliberalismo extraño y un integrismo que, a primera vista, parece inadmisibile. No cabe duda que en el uso de los términos dependió -como dependemos todos-, de su tiempo. Algunas de sus expresiones hay que tomarlas con la significación que él les daba, siguiendo la corriente del medio en que se formó. Así, liberal es, para él, sinónimo de libertad en la fé, tibieza en su profesión; y en esto él no puede admitir tibieza alguna. Dios, entendido como le entiende el catolicismo, es el fin de la existencia toda. La religión hay que profesarla a fondo, sin sustraerle la menor partícula ^{le} de/vida. "Sin Dios no queremos nada", escribe repetidas veces, cate góricamente.

Mente clara, de una lógica implacable, va siempre en vía recta de los principios a las conclusiones. Por eso, en lo religioso sólo admite fidelidad total a Dios. Su lema, tal como él lo entiende, implica una subordinación completa e incondicional a Dios y, por lo mismo, de lo político a lo religioso, del Estado a la Iglesia; nada de andar a medias. Pero aquí, precisamente, surge su máxima originalidad, en lo tocante a las relaciones de la Iglesia y el Estado. Subordinación en lo religioso quiere decir que los gobernantes, como los demás hombres, en la vida privada como en la pública, se conducen conforme a la moral cristiana, pero no que los problemas políticos se confundan con los religiosos, ni que quien sea autoridad en lo religioso lo sea en lo político, ni viceversa. Una autoridad religiosa no tiene nada que decir en lo político, ni una autoridad política en lo religioso, pues la competencia no pasa de una esfera a otra.

Por eso, conforme a esta distinción elemental pero esencial en el cristianismo, Sabino clamó contra el confusionismo político-religioso que veía en sus días y es aún mayor ahora, protestando, por ejemplo, contra los congresos católicos, convocados y dirigidos por autoridades eclesiásticas y civiles. Y, en esto, Arana-Goiri fué más lejos que nadie, sentando las bases de una doctrina sobre el estado plural, que en nuestros días ha tenido amplio desarrollo por parte de Maritain y otros católicos eminentes. Le bastó ser católico a fondo, para resultar audazmente renovador realizando obra única.

X X X

Acaben ustedes de escuchar la lectura de un artículo escrito por nuestro colaborador, el sacerdote Doctor Juan de ARANDI, y titulado "EL CINCUENTENARIO DE LA MUERTE DE SABINO DE ARANA Y GOIRI".